

# LOS ELEMENTALES

*Contestando al Dr. Roso de Luna  
en su «Carta abierta».*

**M**i ilustre hermano: No me hubiera atrevido en tal ocasión a dar tormento a mi pluma apareciendo indiscreta acaso en esta humilde respuesta que hago pública a su extensa y erudita epístola que infinitamente agradezco, si no me moviera a ello lo que conceptúo en mi insignificancia un deber y casi una necesidad.

La hago pública contando con sus previos perdones y creo hacer una obra buena, no iniciando, que para ello no valgo ni el más leve asomo de la controversia que V. elude, sino más bien como apéndice a la suya. Un apéndice optimista, luminoso, riente, juvenil cual corresponde a mi condición, lo que no impide que sea, lo que con sinceridad creo que es, no menos verdadero. Vds., los papás, son un poco pesimistas. Pesimistas, desde nuestro punto particular de vista, claro. Conocen las dificultades de la lucha intensiva en la vida ignorada del vulgo, han batallado largo tiempo en la vanguardia del espiritualismo y han recibido los golpes primeros, y las desabridas y malévolas hazañas de los que forman el muro consciente o inconsciente que impide, para hacer más difícil y gloriosa la conquista, la franca entrada a los reinos encantados de lo desconocido.

¿O era que, un momento antes de escribir su carta, alguna de las travesuras de estos pilluelos del eter motivó la hiel de sus palabras contra ellos?

Sea lo que fuere, yo creo que los elementales son en verdad lo que usted dice, y algo más que usted no dice y que yo intentaré completar.

Además, (y aquí incluyo el aspecto redentor de mi intento) va mi carta principalmente dirigida a los que cifran sus elevadas ilusiones en el despertar consciente en los mundos sutiles y que para ello acuerdan a reglas puras su pensamiento y su conducta en la vida. No resultara que, poseidos del consecuente terror que se desprende de sus conceptos, echaran al avío sus nobles aspiraciones.

Me confieso ante todo, experimentalmente ignorante en este sugestivo asunto. No soy ni clarividente ni iniciada. Una sola y mínima facultad me atribuyo, porque usted la evidencia, para justificar mi empeño. Dice usted que todo buen artista es clarividente. Soy un poco artista y sino un poco clarividente, un algo intuitiva, que es como poseer los principios de la clarividencia.

Pero al contrario de usted, me interesa sobremanera el mundo de los elementales, tal vez porque practicamente lo desconozco. Los hombres y las mujeres somos así, vivimos de anhelos que embellecemos con las galas de la ilusión y hacemos de nuestro sueño el nexa espiritual de una realidad más íntima que enlaza quizá el recuerdo con la esperanza, el paraíso perdido con el edén anhelado. Y que bajo el punto objetivo de nuestra mísera realidad, contemplando en nosotros al hombre, podemos decir con el poeta:

Juzga el volar cuando no vuelas...  
¡átomo harás del mundo que poseas,  
y mundo harás del átomo que anheles!

Y fiel a mi condición, quiero vestir ahora con galas de realidad este mi átomo anhelado del reino elemental, cuyas galas serán opiniones de reconocidos clarividentes y de nuestra venerada maestra H. P. B., y que, encubriendo con ellas la figura de los personajes en la trama de mis pensamientos, intentaré hacerles aparecer decentemente vestidos en el improvisado escenario de las presentes páginas.

Antes de principiar, quisiera puntualizar lo relativo a los nombres con que se especifican y denominan las generales diferenciaciones de los habitantes de los mundos inmediatos al nuestro físico, el etereo y el astral.

Los elementales o espíritus de los elementos, como sintetiza el Dr. Roso de Luna, poseen un índice de refracción idéntico al del medio en que viven y que clasifica Franz Hartmann como «espí-

ritus de la Naturaleza, substanciales pero invisibles para nosotros, de naturaleza etérea que viven en los elementos de la tierra, agua, aire y fuego. No tienen espíritu inmortal sino que están hechos de la substancia del alma y son de varios grados de inteligencia. Sus caracteres difieren intensamente. Representan en su naturaleza todos los estados de sentimiento. Algunos son de naturaleza benéfica y otros maléfica».

Los elementales artificiales (con frecuencia se ha designado con este nombre a otra clase de entidades) son «formas mentales de los devas encargados del reino vegetal», pequeñísimos seres etéreos que, una vez cumplida la misión por la cual fueron creados, se esfuman en la substancia de su propio elemento. Su misión es desarrollar el modelo de una flor o de una planta pre-ideada por el deva creador como la vivificación de su idea constructiva, que subsisten de acuerdo con el tiempo requerido para su realización, transcurrido el cual se desvanecen con la vida de su flor. Son lo que han llamado algunos poetas «el alma de las flores».

Los elementarios los define el Dr. Hartmann como «la contraparte etérea de la persona que en un tiempo vivió, que tarde o temprano se descompondrá en sus elementos astrales, como el cuerpo físico se disuelve en los elementos a que pertenece. Estos elementarios, bajo condiciones normales, no tienen conciencia propia; pero pueden recibir vitalidad de un medium y por ello, se puede decir, son galvanizados por pocos minutos volviendo a la vida y conciencia (artificiales) y entonces pueden hablar, obrar y recordar con claridad cosas que hicieron durante la vida. Con mucha frecuencia son observados por los elementales, que los usan como máscaras para representar personas muertas y engañar a los crédulos».

Y por fin, los elementarios artificiales son nuestras propias formas mentales, individuales y colectivas, que pululan continuamente en nuestro derredor y que alimentamos mientras persistimos en aquella idea concreta, y que nos sigue y nos asalta e influye poderosamente en el medio en que vivimos y nos encontramos. Los hay de tantas formas como géneros de pensamientos emitimos. El deseo y la voluntad les dan la vida y el pensamiento la forma.

A los más terroríficos y repugnantes de esta especie pertenecen los incubos y súcubos, el Aspis y el Basilisco, y una interminable hueste de semejantes larvas de formas inconcebibles y asquerosas. De ellos dijo Paracelso que «obsesan únicamente a los seres humanos en quienes la naturaleza animal prepondera. Las mentes iluminadas por el espíritu de verdad no pueden ser poseídas; sólo los que son habitualmente guiados por sus propios impulsos inferiores pueden ser sujetados a su influencia».

Pero los elementales o espíritus de la naturaleza constituyen de todas veras, una simpática modalidad de evolución paralela a la nuestra aunque de un grado más inferior.

Abarcan sus cuerpos, según su medio, varias escalas de densidad y son los plasmadores de los elementos, los verdaderos constructores o amanuenses del sabio y hermoso plan de la Naturaleza. Están usualmente alejados de las ciudades, y viven en los parajes tranquilos y solitarios, donde la espesa aura del hombre no puede enturbiar la fluidez del ambiente. Los más evolucionados huyen de las urbes como focos de abyecta corrupción y de espesa materialidad. En cambio, los más atrasados se gozan en ellas donde hallan un ambiente favorable y apropiado a su baja naturaleza. Son esos los «perversos» contra quienes con razón truena el Dr. Roso de Luna y que fastidian a veces soberanamente al humano prójimo revistiéndose de la materia de sus formas mentales, apareciendo bajo su disfraz o divirtiéndose sobremanera rompiendo la trama de sus ideas, como niños traviesos solazándose en desordenar cuanto hallan a su alcance.

También, cuando hallan ocasión propicia, se materializan fragmentariamente, sorprendiendo con sus espantables tretas al mortal confiado.

Pero por la manera de ser de estos últimos, no es lícito juzgar todas las especies elementales, dignas algunas de nuestro mayor respeto y consideración, como no placería a nuestra natural dignidad que por la vida y hazañas de un niño o de un salvaje juzgaran al hombre.

Desde el gnomo laborioso, inquieto y juguetón, hasta las sílfides y las hadas de ensueño, las «tenues suspirantes del mar y de los bosques» de quienes dice la leyenda que «la más hermosa de las estrellas que forman la corona de la aurora es menos bella que el halo de púrpura que envuelve sus cuerpecillos divinos», no deberíamos ver en ellos más que a los colaboradores fieles y eficaces de la obra del mundo y del universo.

Los hay, como hemos dicho ya, de una variedad infinita.

Las especies más inferiores son feas y malignas, pero no se acercan al hombre de sentimientos altruistas y nobles que profesa en todas ocasiones una vida sana y pura. Dice también la señora Blavatsky a este respecto: «El impuro atraerá las influencias depravadas y malignas tan inevitablemente como el puro atraiga las virtuosas y benéficas».

Hay ejemplos de inocente malignidad de los elementales para con el hombre, pero los hay múltiples en que le prestaron muy buenos servicios. De los primeros dice el señor Leadbeater: «Se conocen dos casos en que a causa de excesiva intrusión o molestia

por parte del hombre, mostraron las hadas notoria malicia y se desquitaron del daño. Esto denota que, por lo general, no obstante las insoportables provocaciones del hombre, raras veces se encolerizan las hadas, pues su acostumbrado procedimiento de repeler a un intruso es hacerle víctima de alguna broma a menudo puerilmente pesada, pero nunca gravemente dañosa».

Cambiando por un momento el punto exclusivista de nuestra visualidad, si intentamos anteponer la verdad y la justicia a la apreciación personal, comprenderemos la absoluta razón de los elementales al odiarnos, suponiendo que algunos nos odian.

¿Qué han hecho los hombres para conquistar su simpatía? No ser como deberían los más eficaces colaboradores de su vasta labor, sino destruir sin piedad la obra de sus amores como déspotas crueles.

En el reino mineral, tras el utilitarismo de la época, horadamos sin piedad las montañas y las peñas, donde tienen sus viviendas los pigmeos y los gnomos, sin admirar las hermosuras de sus construcciones, arrebatándoles las piedras preciosas que ellos elaboran, en nombre de la ambición y de la vanidad más que de la belleza. En el vegetal destruimos los bosques trocando las umbrías en arideces en nombre de la industria o arrancando por placer los tesoros de sus flores donde derrochan todo su amor, su saber y su gracia. ¿Y qué diremos del reino animal cuyas formas también construyen? Y aún de la forma humana que elaboran ellos también, obreros del karma, ¿qué diremos del comportamiento del hombre con el hombre o aún del hombre con sí mismo?

En realidad, no sé como no nos odian más.....

En cambio, de los segundos, se cuentan muchos casos. Uno de ellos muy curioso cita la señora Blavatsky ocurrido a la baronesa Adelma de Vay que durante muchos años estuvo en relación con los espíritus de la naturaleza o elementales cósmicos quienes le prodigaron muy buenos servicios y se mostraron siempre complacientes con ella a causa de su pureza y de su bondad.

La misma señora Blavatsky dice definiendo su naturaleza: «Los cristianos llaman «diablos», «engendros de Satanás y otros nombres por el estilo a los espíritus elementales, que no son nada de esto, sino entidades de materia etérea, irresponsables y ni buenas ni malas a no ser que reciban la influencia de otra entidad superior. Extraño es que los devotos llamen diablos a los espíritus de la naturaleza, cuando uno de los más ilustres Padres de la Iglesia, San Clemente de Alejandría, neoplatónico y tal vez teurgo, afirma apoyado en fidedignas autoridades, que es un absurdo llamar diablos a estos espíritus, pues no pasan de ser ángeles inferiores o

«potestades» que moran en los elementos, mueven los vientos y distribuyen las lluvias como agentes de Dios a quien están sujetos».

Orígenes y Porfirio fueron de la misma opinión.

Aunque evolucionen bajo las leyes de un plan distinto, su vida dimana igualmente como la humana del mismo Logos solar. Están sujetos a la ley del karma, bajo el amparo tutelar de luminosos devas y poseen la misma alta dignidad de formar parte integrante del universo como los hombres, quienes con tanta frecuencia olvidan el mantenimiento si no la exaltación de esta sagrada dignidad.

Si no estuviéramos tan cerrados en la concha mísera de nuestra personalidad, ¡cuántas veces asomándonos al reino fluídico aprenderíamos de sus sencillos habitantes nuestro deber para con la naturaleza y la vida que con nuestra vanidad hemos olvidado!

Aun los más evolucionados de los elementales (salamandras y sífides) no tienen individualidad propia y están sujetos a la conjuntiva evolución del alma grupal adonde aportan el acopio de sus experiencias. Algunos de ellos, poseen, no obstante, según Leadbeater, inteligencia proximada a la del común de la humanidad.

«Tienen los espíritus de la naturaleza razón y lenguaje como el hombre» dice Paracelso, el clarividente alquimista de principios del siglo XVI.

Se rigen por métodos y costumbres y poseen un estado social a cuyas leyes sujetan sus conductas y sus vidas. Construyen sus habitaciones y confeccionan sus vestidos.

Y aunque no tengan sexo no son indiferentes entre sí ni están exentos de los más vivos afectos con que favorecen a sus amistades electas y de las que obtienen el más vivo e intenso placer.

¿No es acaso el sexo en la indiferente humanidad el acicate que impulsa por medio de la pasión impura al afecto verdadero y por él a la alta escuela del sacrificio y del amor? ¡Dichosos ellos si pueden sentir el máximo delirio del cariño más entrañable y duradero sin menester el objeto del pecado y de la liberación!

Moran con preferencia en los parajes de ensueño entre la más ufana y espléndida vegetación, en los bosques silvestres y en los jardines olvidados donde la lujuria de la flora virgen trenza a sus anchas sus cabelleras de verdura ensartadas por collares de flores. La gloria de sus pétalos les sirve de orgullosa gala o de abanicos reales cuando la brisa las mece, y el don de su aroma es el baño deleitoso donde inclinan en desmayo sus cuerpecitos divinos.

En los sagrarios de los capullos ocultan cuando duermen los mechones robados de la cabellera de oro de sus predilectos para que en ofrenda lo brinden luego al sol los pétalos abiertos.

Las hadas son tiernas y cariñosas y los silfos mimosos y juncales. Ellos despiertan en las mañanas con sus flautitas mágicas el canto de los ruiseñores. Y ellas, las hadas y las nereidas besan las frentes soñadoras de los poetas enriqueciendo y perdurando los etéreos vislumbres de sus sueños.

Poseen una emotividad de una delicadeza inconcebible y una ingenuidad encantadora. Por esto aman a los artistas de alma pura y a los niños imaginativos y visionarios.

Gozan con el retozar de la fauna retoñante, jugando con las liebres y cervatillos, las mariposas y los insectos dorados.

En los largos crepúsculos del estío gustan flotar en el bronce líquido de los rayos horizontales del sol que muere, estampando en sus velos policromados los bordados de las frondas.

Su ingenuo romanticismo excede al poder de nuestra imaginación más exaltada y más viva.

Y para aquellos de mis lectores que los busquen a la orilla de los lagos azules, en la glorieta de un jardín abandonado o en el silencio apacible del campo y de la montaña, les daré la receta que dieron recientemente las pequeñas clarividentes de Dalesby, Alice e Iris Carpenter, cuyas notables fotografías de los gnomos y de las hadas asombraron a los científicos y a los incrédulos.

Ante todo, volverse infantiles, como ellas, por la magia al alcance de todos de la alquimia espiritual, y luego, «pensar en ellas suavemente, en la soledad de la naturaleza, y darles con el pensamiento la más cariñosa bienvenida».

Y entonces, como las nenas inglesas, oíranlas venir quedito con los murmullos de la brisa y el dulce chirriar de las hojillas secas o de las hierbas humedecidas que pisan al danzar sus piesecitos breves...

Disculpe mi ilustre hermano esta carta excesiva, cuyo perdón espero otorgará en nombre de mi extraña pasión por el reino encantado de los elementales. Todos tenemos debilidades.

Espero en el caso poco favorable para conseguirlo, que un hada benévola, arrostrando el vaho impuro de la sociedad mundana, llegue a su vera e interceda por mí en gala del pequeño servicio que les presto, pero que ellas agradecen tanto, y que entonces, estoy segura me concederá enseguida.

Estudiaré los textos que usted me recomienda y con su estudio, espero un día escribir tal vez un elogio más completo y personal de los interesantes habitantes de los éteres.

Con el afecto y admiración de su joven hermana y amiga,